

FUNERAL POR EL P. PERE BUSQUETS
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
24 de diciembre de 2007
Is 25, 6-9; Sal 26; Rom 8, 14-23; Lc 1, 67-79

Queridos hermanos y hermanas,

Puede parecer una contradicción que mientras estamos preparándonos para la Navidad nos encontramos enfrentados con la muerte de una persona amada. Sería una contradicción, si la Navidad fuera sólo una celebración idílica del bienestar y del calor familiar. Pero la Navidad cristiana se sitúa a otro nivel; valora todo aquello de entrañable que tiene la celebración de estas fiestas, pero se centra en un hecho diferente; un hecho que abarca la vida y la muerte, la luz y la tiniebla, la lucha encarnizada contra el mal y el trabajo en favor de la paz.

Este sentido cristiano de la Navidad es el que nos anunciaba el evangelio que acabamos de escuchar y que la liturgia propone cada 24 de diciembre. Nos dice que el Señor que hemos esperado en el adviento y que se nos manifiesta en la Navidad es el *sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte*. Sol para las tinieblas y la muerte ... Dios visita su pueblo para llevarle el perdón, la salvación, la vida más allá de la muerte. Por eso los que lo acogen con fe encuentran la luz y ven que *sus pasos son guiados por el camino de la paz*. De la paz y la serenidad espiritual que vienen de saber que la propia vida no está a merced de unas fuerzas extrañas sino que está en manos de Dios, como lo estuvo la vida de Jesús desde el nacimiento hasta la superación de la cruz y de la muerte. Jesús es el *salvador poderoso* que Dios, en su *entrañable misericordia, ha suscitado* en medio del mundo para liberar la humanidad de toda opresión y de toda debilidad, para liberarla de la muerte.

Este cántico de Zacarías oscila entre el pasado y el futuro al hablar de la visita de Dios. Y es que los dos tiempos verbales son igualmente válidos. *Dios ha visitado a su pueblo* en el nacimiento de Jesús ahora hace más de dos mil años. Pero la redención, la liberación, la superación de la muerte, la salvación en plenitud no serán una realidad definitiva hasta que vendrá a visitarnos cuando Jesucristo vuelva glorioso al final de la historia. Por eso decimos también que *Dios nos visitará*.

Hay, sin embargo, una visita personal del Señor al término de la vida de cada uno. Nuestro P. Pere Busquets la ha vivido ya, después de haber pedido a lo largo del adviento que el Señor nos visitara en la paz. En esta eucaristía exequial rogamos para que Cristo, en el cual había puesto su confianza desde pequeño, le ofrezca su perdón, lo ilumine, lo libere de la oscuridad de la muerte y lo lleve a su Reino de amor y de paz. Que lo reciba según la Palabra de vida en la cual había creído y le conceda vivir para siempre, sin que se vea confundido en su esperanza, tal como cantamos los monjes el día de la profesión y se lo recordaba al P. Pere la inscripción que tenía cerca del ordenador de trabajo.

El P. Pere Busquets i Sindreu había nacido en Barcelona hace 82 años bien cumplidos. Al bautizarlo, le pusieron el nombre de Joan Antoni. Recibió una formación cristiana sólida, que, después de haber acabado los estudios de arquitectura en Barcelona, le llevó a entrar en Montserrat cuando tenía 27 años (¡una edad tardía en aquel tiempo!), con un fuerte disgusto de su familia y con gran sorpresa de las sus múltiples amistades. Ya antes de la profesión y de la ordenación presbiteral, se le encomendaron diversos proyectos arquitectónicos con el fin de restaurar y dignificar diversas dependencias de Montserrat. Contribuyó, también, a aplicar la reforma

litúrgica del concilio Vaticano II en muchas iglesias de Cataluña, del Estado Español y de América Latina. La arquitectura, en la cual había obtenido el doctorado, no era, sin embargo su única actividad; se dedicó a la docencia, tanto en la Escolanía y el monasterio como en diversos centros superiores de enseñanza. De 1963 al 1967 estuvo en Colombia, en la fundación montserratina de Medellín; allí fue profesor de arte cristiano y asesor de arquitectura litúrgica. Se había ido interesando, también, por la moral, hasta hacer el doctorado en París cuando ya había llegado a la madurez de edad. Entre los trabajos pastorales que le serían encomendados en nuestro monasterio, hay que recordar los cursos de preparación matrimonial y los años de consiliario de los trabajadores de Montserrat.

Hay un hecho, en sí mismo anecdótico, que me parece toda una parábola de su vida. Él hizo el diseño de este altar mayor. Se trataba de buscar el sitio adecuado para poner el bello Santo Cristo de ébano que nos preside y de hacer el proyecto de la cruz. Tuvo que trabajar mucho para encontrar el punto justo a fin de que la imagen de Cristo quedara bien centrada a nivel vertical; y en función de ella lo articuló todo. Decía que es una parábola de lo que ha hecho a lo largo de su vida de monje: ir dejando que Cristo fuera el centro real y vivo de su vida y articular todo lo demás en función de él. A pesar de la limitación humana, ha procurado ir haciéndolo así hasta el final, en el seno de nuestra comunidad que él amaba profundamente.

Desde hacía unos años, poco a poco la enfermedad de Parkinson lo iba limitando físicamente. Él, metódico y previsor como era, había estudiado todas las etapas y sabía el proceso que tendría que seguir. Pero no se echaba atrás; tenía una voluntad firme de mantenerse activo y de desarrollar normalmente su actividad intelectual y el servicio a las tareas comunitarias que la salud le permitía. Sabía que tenía el peligro de caerse y de romperse el fémur, pero eso no tuvo amedrentado. Nunca se le vio desanimado. Lo vivía desde una fe muy sobria y muy profunda al mismo tiempo. Al principio de este otoño pasado escribía: "La primera y principal ocupación que tengo es fijarme más que nunca en la plegaria. Se acerca un día muy importante y quiero estar lo más a punto posible". Comentando los cambios que había visto en la Iglesia y la sociedad y sobre los cuales había pensado últimamente hacer un libro, decía que, entre las cosas que permanecían, estaba "sobre todo el amor de Dios hacia todas las personas, tanto las que nos gustan como las que no. Porque en Dios todos tenemos entrada. O mejor dicho -añadía-, es él quien nos tiene cogidos".

Ya en la clínica, después de dos roturas de fémur en pocas semanas, todavía leía y quería hacer un estudio de las bases evangélicas de la declaración universal de los derechos humanos. Pedía, sin embargo, que no se le dejara solo, y agradecía la compañía y la solicitud de los hermanos de comunidad que lo atendían o se interesaban por él, hasta el punto que hace poco dijo a uno que le hacía compañía: "hoy tú has sido Cristo para mí".

"Dios nos tiene cogidos"; "quiero estar lo más a punto posible". Ciertamente, Dios lo había cogido desde joven y ahora, después de haber procurado prepararse bien, lo ha venido a buscar. Con serenidad y con esperanza, sus hermanos monjes, los escolanes, los familiares y amigos y todos los que participáis en esta eucaristía, rogamus para que este Dios que es amor entrañable, lo sostenga y lo ilumine con su luz eterna.